

Ancianidad... todos vamos para allá.

Publicado originalmente en Septiembre de 2009.

Cuando somos niños siempre contamos no solo con unos padres que se hacen cargo de nuestras necesidades, de protegernos y de darnos cariño, sino también de tíos, abuelos, padrinos y demás personas que son mayores que nosotros pero que cuentan con una gran vitalidad, nos siguen el paso, nos aguantan y nos complacen nuestros caprichos, inclusive nos llevan de vacaciones y todos somos felices, pero ¿qué pasa cuando el correr del tiempo nosotros crecemos y ellos también? ¡Nada bueno! En la mayor parte de los casos, lo que se muestra es la ingratitud.

Y es que es muy agradable cuando se nos complace, se nos acompaña, se nos atiende, pero cuando los años pasan y esas personas entran a los de pronto mal llamados años dorados, todo lo que nuestros padres, tíos, abuelos y padrinos hicieron por nosotros, se nos olvida. Ya no pueden caminar a nuestro ritmo, ya no pueden comer lo mismo que nosotros, ahora los papeles se invierten y requieren atención, ayuda para muchas actividades inclusive para levantarse y caminar, para entender muchas cosas que a veces nos parecen simples a quienes tenemos nuestras capacidades físicas y mentales casi intactas.

Por lo anterior, lo más fácil es olvidarnos de ellos, hacerlos a un lado de nuestras vidas. De esta manera, los tenemos en nuestra casa como un mueble más que nadie nota y donde no tiene voz ni voto, si no es que los mandamos a un asilo o peor aún, los tenemos totalmente solos en un cuarto o una casa modesta. Nuestra conciencia se tranquiliza porque le damos un techo y comida a nuestro anciano y lo visitamos cada dos semanas durante una hora que deseamos pase rápido, sin embargo, en la mayoría de los casos no se le otorga lo más importante: el trato, cariño y respeto que requiere como persona. ¡Eso no es darle vida! De otro modo solo está sobreviviendo con un trato de muy dudosa calidad.

Una persona mayor puede que físicamente ya no funcione bien, pero les es gratificante tener un rato de compañía, alguien con quien platicar, con quien poder compartir todas las anécdotas que ha acumulado en su vida y además, la experiencia que tiene no es para echarla en su saco roto. Si pusiéramos atención a todo lo que nuestro viejitos han aprendido en su vida en todas las áreas, seguramente nos evitaríamos muchos golpes duros. Necesitan sentirse valoradas y apreciadas. Tan solo trata de imaginar el sentimiento que te embragaría cuando tus hijos o nietos, aquellos por los que viste y diste todo, de pronto te tienen arrinconado, hablando como si no existieras, ignorando tus opiniones y vanagloriándose de los buenos hijos que son porque “vive con nosotros” o “trato de ir a verlo cada semana”.

Afortunadamente en muchas familias, siempre existe un hijo o familiar que no olvida lo que esa persona le dio en sus buenos años y sabe ser recíproco, correspondiéndole ahora en la medida de sus posibilidades y su tiempo con cariño, afecto y solidaridad, pero eso no es suficiente. Todos le debemos gran parte de lo que somos a nuestros parientes mayores y hay que saber ser agradecidos. Hay que recordar que si tenemos suerte, llegaremos a su edad y no sabemos en qué condiciones lo hagamos, así que tengamos presentes que lo que se siembra se cosecha.

Seamos conscientes, considerados y sobre todo, agradecidos. Las obligaciones no son de un solo hijo o de un nieto, sino de todos. Ellos nos protegieron, consintieron, cuidaron y criaron. Tengamos memoria y aprendamos a corresponder, para que esa parte final de la vida de nuestros viejos sea lo más grata y cómoda posible, como nuestra infancia y adolescencia lo fue gracias a ellos.